

Peregrinar a la miseria

MFU quiere reducir plantilla sin grandes traumas. Su objetivo a largo plazo es, al parecer, eliminar entre 300 y 400 puestos de trabajo y estabilizar su plantilla en 1.000 trabajadores. Ha puesto en marcha, para ello, un plan de jubilaciones anticipadas, con indemnizaciones y se despiden de los orientales cuando llega el tiempo de renovar su contrato anual que, algunos, habían firmado durante cinco años consecutivos. MFU, controlada por la Banca March, está abriendo minas a cielo descubierto en Utrillas. Este tipo de explotación, debido a la mecanización del proceso, necesita pocos trabajadores. Además ha cerrado el pozo de Santa Bárbara y su intención es otorgar, en régimen de concesión, sus talleres y sus servicios auxiliares. Permanece abierto el pozo del Pilar, dotado de moderna tecnología. MFU, mientras dure este período de reestructuración, no admitirá a ningún nuevo trabajador.

El miedo a regresar

Los pakistaníes que, según sus palabras, han sido desatendidos por su embajador en España, quien llegó a colgarles el teléfono, han puesto sus casos en manos de abogados particulares turolenses y de los sindicatos. Hasta el momento, los afectados no han perdido ningún juicio en Magistratura y, en la mayoría de los casos, hubo conciliación con el jefe de personal de MFU, Leopoldo Peña. La empresa indemnizó con unas 600.000 pesetas a los que llevaban varios años a su servicio y con unas 180.000 a los que sólo llevaban varios meses. Les ha sido concedido un seguro de desempleo dudoso de seis meses, es decir, con todas las probabilidades de que no les sea prorrogado. Esto motivó su descontento y fue una de las causas principales de que, las pasadas semanas, ocuparan su embajada en Madrid.

La situación de algunos es desesperada, ya que habían adquirido bienes (vivienda, coche, etc.) con la intención de quedarse en España para siempre. Recientemente enviaron una carta dirigida al Rey y al presidente del Gobierno, en la que, haciendo constar las citadas razones, pedían que no se les obligase a marchar. Pero a muchos, de seguir las cosas así, no les va a quedar otro remedio que vender sus bienes y regresar a Pakistán. Otros recorren la provincia de Teruel a la busca de trabajo y algunos prolongan su peregrinar hacia las minas de Peñarroya (Córdoba) o a Barcelona, a la construcción.

Un grave incidente

El trasfondo político del tema es evidente. El Ministerio del Interior está aplicando una política de mano dura con los refugiados políticos y trabajadores extranjeros y, según todos los indicios, quiere hacer una limpieza. En este caso, los roces con los vecinos de los pueblos



Rezán cinco veces al día, todos juntos en sus casas.

Una ofensiva en dos frentes, político y laboral, se ha desatado contra los pakistaníes que, en número aproximado de 200, viven en la cuenca minera turolense —Montalbán, Utrillas, Escucha y Martín del Río— desde 1974. Minas y Ferrocarriles de Utrillas (MFU) no renueva sus contratos anuales de trabajo desde principios de este año. Cuarenta están ya en el paro y con un futuro nada fácil. Por otra parte, el Ministerio del Interior —en lo que parece una maniobra coordinada— no renueva sus permisos de residencia alegando que no tienen trabajo, con lo cual los pakistaníes se ven forzados a salir de España. Pero ellos se resisten: «Preferimos estar en la cárcel en España que volver a Pakistán», han comentado algunos que, tras años de trabajo en las minas, tienen ya piso, coche y están dispuestos a quedarse en nuestro país para siempre.

mineros puede servirle de coartada. Según fuentes del Gobierno Civil de Teruel, un informe elaborado por el Ayuntamiento de Montalbán, que fue enviado al Ministerio, en el que se protestaba por un incidente ocurrido en el pueblo con los pakistaníes, ha podido influir en gran medida para que se les haga marchar.

La tarde de San Antón, en enero pasado, varios chavales del pueblo fueron a coger una puerta que, según fuentes municipales, estaba desvencijada, para quemarla en las tradicionales hogueras y fueron agredidos por la familia pakistaní a quien pertenecía. En un abrir y cerrar de ojos, un gran número de vecinos de Montalbán se agruparon en torno a la casa con ánimos de darles un escarmiento sonado. La actuación del teniente de la Guardia Civil de Utrillas evitó que la cosa pasara a mayores. Algunos concejales pidieron que salieran del pueblo todos los pakistaníes en 24 horas. A los pocos días, con los ánimos más calmados, el Ayuntamiento montalbano redactó un informe en el que se referían a su insostenibilidad, a su actitud agresiva con las mujeres, a que no pagaban sus impuestos municipales, a que arrojaban residuos a la red de abastecimiento de aguas

y, en algunos casos, cometían rapiñas en las huertas. Días después, el Ministerio del Interior, según fuentes gubernativas, propuso la expulsión de siete pakistaníes.

Carlos Quílez, teniente de alcalde del Ayuntamiento de Montalbán, aseguró que ellos fueron siempre solidarios con los pakistaníes hasta la fecha del incidente y «aun ahora —comentó— hacemos lo posible para que se integren en la vida del pueblo. Criticó la poca energía del gobernador civil, Luis Rojo, para resolver el problema y desmintió categóricamente que ese informe hubiese influido negativamente en la actual situación de los pakistaníes quienes, dijo, están siendo víctimas de una política de empresa.

Fría convivencia

La coexistencia de las comunidades española y pakistaní ha sido difícil. Los últimos siguen viviendo en sus ghettos y, sólo en contadas ocasiones, han intimado con los nativos. Viven, generalmente todos juntos, en zonas periféricas: en el barrio de la Tejería en Utrillas, en unas viejas casas por las que pagan unos alquileres de 5 y 6.000 pesetas en Montalbán. Sólo se ha producido, según las fuentes consul-

tadas, dos casos de casamiento de pakistaníes con españolas en Escucha. Las piscinas casi no las pisan y tampoco frecuentan los bares; son muy pocos los que hablan bien el castellano. José Miguel Ferrer, alcalde independiente de Utrillas, donde viven más de un centenar de orientales, señaló que habían existido problemas de falta de entendimiento. Citó que, en una ocasión, le pidieron la biblioteca —el entendió que iban a mantener una reunión religiosa— donde introdujeron un cadáver para celebrar sus ritos funerarios. De parecida opinión fue Luis Bayo, alcalde socialista de Escucha, donde viven unos diez pakistaníes, quien aseguró que no tienen problemas con ellos y que se comportan con normalidad.

Fieles a sus tradiciones

Los pakistaníes llegaron a España en 1973 —después de la guerra que dividió a Pakistán occidental del oriental, convertido en el Estado de Bangla Desh— huyendo de la guerra y de la miseria. En su país la tierra está en manos de unos pocos que denominan «nabab», y el nivel de vida es muy bajo. Un pakistaní comentó que su paga de desempleo, de 25.000 pesetas,

equivale al sueldo de un coronel en su país. En Barcelona se entrevistaron con el cónsul general de Pakistán, Juan Escoda, quien por su amistad con el que era entonces jefe de personal de MFU les recomendó para trabajar en Utrillas, a donde llegaron en número de 129. Durante dos años vivieron en la residencia que MFU tiene en Escucha pero, por fin, se trasladaron a Utrillas: «como no podíamos comer carne de cerdo, nos hacían siempre huevos fritos y ya estábamos hartos», señaló uno de los consultados.

De vez en cuando se reúnen para comentar las noticias que da la BBC inglesa sobre su país. Respecto a Jomeini tienen diversas opiniones. Mientras unos hablan bien de él, al parecer los chaitas, otros aseguran que no es un líder político y le recriminan sus fusilamientos, a la vez que añoran al ex-presidente paquistaní Ali Bhattu, sunnita, quien comenzó una expropiación de tierras en Pakistán y fue ahorcado por el actual régimen militar.

Rezan cinco veces al día todos juntos en sus casas, como buenos seguidores del Corán: a las dos y media, a las cinco y media, a las siete y cuarto y después de la puesta del sol. Uno de ellos, colocado enfrente de los demás, quienes no pueden girar la cabeza, lee su libro sagrado. Los hay fanáticos —han tenido, según fuentes consultadas, enfrentamientos entre ellos— que comentaron: «nosotros cerrar los ojos y hacer lo que dice Mahoma y el Corán sin pensar; nosotros no pensar cosas de religión». Incluso si alguno, más integrado en la comunidad española, ha querido alejarse de su religión, según fuentes consultadas, ha tenido miedo a las posibles represalias de los otros.

La gran mayoría han europeizado sus vestidos aunque, en las grandes ocasiones, como el fin del Ramadán, lucen sus mejores túnicas y chalecos orientales. Aunque los consultados señalaron que «la bebida es mala, mala para el cuerpo, mala para familia...», algunos consumen alcohol en los bares. A veces, la mujer camina varios pasos detrás del marido por la calle. Los pakistaníes consultados aseguraron que «eso es una costumbre, no una obligación; no la consideramos inferior; en Pakistán las mujeres trabajan». «Está permitido —señala otro— tener varias mujeres, pero yo no estoy de acuerdo porque no se puede mantener con un sueldo a varias mujeres y varios hijos.»

Ahora, para casi todos —a excepción de los que trabajan en las minas del grupo Lancis— se acabó el «paraíso» que denominan «España». La mayoría, por no decir todos, no quieren regresar a Pakistán donde sobrevivir sería su principal objetivo. En España continuarán su peregrinaje: Peñarroya, Barcelona, los expresos de medianoche, la miseria...

Plácido J. Díez
J. Remón